

Enunciado y situación extraverbal en Valentín Voloshinov

Eduardo Serrano Orejuela*

Resumen

En dos artículos, “La palabra en la vida y la palabra en la poesía” (1926), y «Estructura del enunciado» (1930) Valentín Voloshinov analiza una concepción dialógica de las relaciones entre el enunciado y la situación extraverbal en la que el primero es producido y comprendido. En este artículo me propongo hacer, desde la perspectiva de la semiótica discursiva de la Escuela de París, un análisis crítico de algunos aspectos de dicha concepción que me parecen incompatibles y regresivos en relación con otros planteamientos del mismo Voloshinov y con formulaciones lingüísticas y semióticas actuales sobre las relaciones discursivas entre texto y contexto. Al final, presentaré una propuesta alternativa.

Palabras Clave

Discurso, texto, contexto, situación.

Valentin Voloshinov's extra verbal situation and statement

Abstract

In two articles, “The word in life and the word in poetry” (1926), and «Structure of the Statement» (1930), Valentine Voloshinov analyzes a dialogical conception in the relationships between the statement and the extra verbal situation where the first is produced and understood. In this article I intend to make a critical analysis of some aspects of such conception that I consider incompatible and reverse regarding other assertions from Voloshinov himself, as well as with current linguistic and semiotic formulations about the discursive relationships between text and context within the perspective of the School of Paris's discursive semiotics. At the end I will present an alternative proposal.

Key Words

Discourse, text, context, situation.

Primera consideración

Al comienzo del párrafo III de “La palabra en la vida y la palabra en la poesía”, Voloshinov (1926: 113) formula la siguiente tesis:

“La palabra en la vida, con toda evidencia, no se centra en sí misma. Surge de la situación extraverbal de la vida y conserva con ella el vínculo más estrecho. Es más, la vida misma completa directamente a la palabra, la que no puede ser separada de la vida sin que pierda su sentido”.

* Licenciado en Literatura de la Universidad del Valle. D.E.A. Universidad de París VIII. Premio Autores Vallecaucanos, en la modalidad de ensayo. Estudiante del Doctorado en Humanidades de la Universidad del Valle.

Para apoyar esta tesis, Voloshinov (1926: 113) recurre al siguiente ejemplo:

“Dos personas se encuentran en una habitación. Están calladas. Una de ellas dice: ¡Vaya!. El otro nada contesta”.

Para los dos actores del ejemplo, la expresión citada tiene sentido, no así para nosotros los lectores, externos a la situación en la que se encuentran aquéllos. Podemos –señala con acierto Voloshinov (1926: 114)– hacer un análisis de la «parte estrictamente verbal» de dicha expresión, es decir, un análisis del «aspecto fonético, morfológico y sintáctico de la palabra “vaya”», pero ello no nos acercaría a «la comprensión del sentido global de la conversación»:

“¿Qué es lo que nos falta? Nos falta, justamente, aquel con-texto extraverbal en el que la palabra «vaya» tenía un sentido para aquel que la oyera. Este contexto extraverbal del enuncia-do se compone de tres momentos: 1) un horizonte espacial compartido por ambos hablantes (la unidad de lo visible: la habitación, la ventana, etc.); 2) el conocimiento y comprensión común de la situación, asimismo compartido por los dos y, finalmente, 3) la valoración compartida por los dos, de esta situación”.

Voloshinov amplía, para nuestro beneficio, la información relativa a los dos actores:

“En el momento de la conversación ambos interlocutores miraron por la ventana y

vieron que empezaba a nevar; los dos saben que ya es el mes de mayo y que hace mucho tiempo tenía que haber empezado la primavera; finalmente, a los dos el invierno tan prolongado les resulta molesto; ambos esperan la primavera y la nevada extemporánea entristece a los dos”.

Destaco por el momento los siguientes datos:

- 1 Los dos actores son *sujetos cognitivos* que poseen determinados saberes relativos al tiempo y a los ciclos naturales: «saben que ya es el mes de mayo y que hace mucho tenía que haber empezado la primavera»; asimismo, son sujetos cognitivos que se apropian de nuevos saberes: «ambos interlocutores miraron por la ventana y vieron que empezaba a nevar». En términos semióticos, los dos actores son *sabedores*¹ y *observadores*, y los saberes que poseen (como sujetos de estado) y de los que se apropian (como sujetos de hacer) son tanto *categoriales* (los relativos a la sucesión de los ciclos naturales) como *factuales* (los relativos a estados y eventos concretos: es el mes de mayo y está nevando)².
2. Los dos actores son *sujetos afectivos* (o *pasionales*, como se suele decir en semiótica discursiva) y *axiológicos*: «el invierno tan prolongado les resulta molesto, la nevada extemporánea los entristece». Los dos comparten una valoración social negativa del invierno y positiva de la prima-

1 «Instruido o conocedor de una cosa» (DRAE). «Que está enterado de ciertas cosas» (Diccionario Enciclopédico Espasa). Cf. al respecto mi artículo: «Crítica de la omnisciencia narrativa» (2004). N del A.

2 Me he referido a estos dos tipos de saber, propios del saber semántico (como lo denomina Greimas), en mi artículo «El concepto de competencia en la semiótica discursiva» (2003).

vera, por lo que el retraso de esta genera en ellos afectos disfóricos. Los dos actores son, por tanto, *sujetos evaluativos*.

3. Los dos actores son sujetos lingüísticos (y, más ampliamente, sujetos semióticos; vale decir, sujetos semiolingüísticos): el enunciado verbal «¡Vaya!» es producido por uno y comprendido por el otro (recuérdese que, en el texto original, estos dos actores hablan en ruso).

Voloshinov (1926: 114,115) continúa así:

“La enunciación se apoya directamente en todo esto: en lo visto conjuntamente (los copos de nieve tras la ventana); en lo sabido conjuntamente (el mes de mayo), y en lo conjuntamente evaluado (el invierno retrasado, el deseo de que llegue la primavera); todo esto es abarcado por el sentido vivo, aparece absorbido por él, y, sin embargo, no está expresado verbalmente, no se ha dicho. Los copos de nieve están tras la ventana; la fecha, en la hoja del calendario; la valoración, en la psi-que del hablante, pero todo ello aparece comprendido por la palabra «vaya».

Ahora que nos hemos enterado del sobreentendido, es decir, del *horizonte espacial y semántico compartido* de los hablantes, nos resulta totalmente claro el sentido global del enunciado «vaya», lo mismo que su entonación”.

Lo visto y lo sabido conjuntamente por los dos actores como sujetos cognitivos, y lo evaluado conjuntamente por ellos como sujetos evaluativos, constituyen el sobreentendido del enunciado «¡Vaya!»; como tal,

dicho sobreentendido «no está expresado verbalmente, no se ha dicho», razón por la cual Voloshinov lo denomina el «horizonte extraverbal» del enunciado.

Pero, pregunto, ¿del hecho de que dichos saberes y valoraciones no estén enunciados explícitamente se infiere que son extraverbales? ¿No confunde Voloshinov el entorno espacio-temporal físico en el que se hallan los dos actores con lo que ellos saben y valoran de dicho entorno?

Muestra de esta confusión es, a mi entender, la concepción del sobreentendido del enunciado como el «horizonte espacial y semántico compartido de los hablantes». Claramente, el horizonte espacial como tal es extraverbal, pero el horizonte semántico no puede ser sino verbal (o, más ampliamente, semiótico). El sobreentendido, entonces, tiene que estar conformado por lo que los dos actores saben y valoran conjuntamente del entorno espacio-temporal y de los eventos naturales que en él ocurren, no por dichos entorno y eventos en sí mismos. Una formulación de Voloshinov (1926: 114,115) hecha poco después del pasaje citado viene en apoyo de lo que planteo:

“De la índole que fuese, [el enunciado de la vida cotidiana] siempre relaciona entre sí a los participantes de una situación en cuanto copartícipes que igualmente conocen, entiende y evalúan esta situación”.

No es el entorno espacio-temporal en sí y sus eventos lo que constituye el sobreentendido del enunciado, sino lo que los actores saben y evalúan de él. Entendido todo esto

así, es compatible con la siguiente formulación de Voloshinov (1926: 115):

“Un enunciado de la vida real en cuanto un todo pleno de sentido se compone de dos partes: 1) de una parte realizada verbalmente y 2) del sobreentendido”.

Siempre y cuando, por supuesto, el sobreentendido (los saberes y valores comparados por los actores) no se confunda con el entorno espacio-temporal físico en el que se encuentran situados.

He aquí otros pasajes en los que la formulación de Voloshinov (1926: 116) va en el sentido (que considero) correcto:

“Sólo aquello que nosotros los hablantes sabemos, vemos, amamos y reconocemos, en lo que estamos unidos, puede llegar a ser la parte sobreentendida de una enunciación.

La peculiaridad de los enunciados de la vida cotidiana consiste en que ellos mediante miles de hilos se entretajan con el contexto extraverbal de la vida y, al ser aislados de éste, pierden casi por completo su sentido: el que desconoce su contexto vital más próximo no los entenderá”.

En consecuencia, parece razonable afirmar que la apropiación cognitiva [como saber de creencia o saber de conocimiento, para utilizar la distinción propuesta por Patrick Charaudeau (1997)], acompañada de la evaluación afectivo-axiológica de sí mismo, del otro, del entorno físico y socio-cultural en que tiene lugar la interacción, son los

constituyentes del sobreentendido del enunciado y no el entorno espacio-temporal en sí mismo.

Segunda consideración

En el párrafo 5, “La parte extraverbal (sobreentendida) del enunciado”, del artículo «La estructura del enunciado», Voloshinov (1930: 301) vuelve sobre la concepción arriba expuesta, sirviéndose en esta ocasión del siguiente ejemplo:

“El hombre de la barbita grisácea, que estaba sentado ante una mesa, dijo después de un momento de silencio: «M-sí». El adolescente que estaba de pie ante él se sonrojó violentamente, se volvió y salió del cuarto”.

Nuevamente, un análisis puramente gramatical del enunciado no nos permitirá comprender nada de esta conversación:

“Y sin embargo, ésta está en realidad llena de sentido, es un verdadero diálogo, terminado aunque muy breve: su primera réplica (verbal) está constituida por el «M-sí»; en cuanto a la segunda, está contenida en la reacción orgánica (el rostro sonrojado) y en el gesto (la partida sin decir palabra)”. Voloshinov, (1930: 302).

Es de notar la concepción semiolingüística que Voloshinov tiene del diálogo, en la medida en que hacen parte de él tanto componentes verbales (lo dicho) como no verbales (lo actuado y lo padecido somáticamente). Ahora bien, a pesar de que esa conversación tiene sentido para los actores que participan

en ella, el hombre de la barbita y el adolescente, no lo tiene para nosotros. ¿Por qué?

“Porque ignoramos la segunda parte (extraverbal) del enunciado, que es la que ha determinado el sentido de la primera parte (verbal). Ignoramos, en primer lugar, dónde y cuándo tiene lugar esta conversación; tampoco conocemos su objeto; finalmente, no sabemos nada de la posición de cada uno de los interlocutores con relación a este objeto y de las evaluaciones respectivas que proyectan sobre él”. Voloshinov, (1930: 302).

Evidentemente, los actores que participan en dicha conversación poseen los saberes y evaluaciones que a nosotros nos faltan. Son, por tanto, sujetos lingüísticos, cognitivos y evaluativos competentes que dialogan sobre un fondo de sobreentendidos compartidos.

Acto seguido, Voloshinov (1930:302,303) se refiere a los “tres aspectos sobreentendidos que forman la parte extraverbal del enunciado - a saber, *el espacio y el tiempo* del evento, el objeto o tema del enunciado (aquello de lo que se habla) y la posición de los interlocutores respecto del evento («la evaluación»); convendremos en designar al conjunto que forman mediante el término ya familiar de *situación*”.

Observemos, ante todo, que ha habido un cambio en la composición del sobreentendido. En el caso del primer ejemplo, hacían parte de éste el entorno espacio-temporal, el saber y la evaluación compartidos; en este caso, el entorno espacio-temporal, el tema del enunciado y la evaluación.

Ahora bien, ¿cómo es posible que el tema del enunciado integre la parte extraverbal sobreentendida? Voloshinov no dice nada al respecto. Por lo demás, las observaciones críticas hechas en el punto anterior son también pertinentes aquí: el sobreentendido del enunciado está constituido por los saberes y evaluaciones compartidos de los actores respecto de la interacción en la que intervienen y el entorno espacio-temporal en que tiene lugar.

Tercera consideración

Estimo que la distinción entre lo dicho y lo sobreentendido no se corresponde con la existente entre lo verbal y lo extraverbal, como lo afirma Voloshinov, sino con la que existe *entre el discurso exterior, hablado o escrito, y el discurso interior de los actores de la interacción*: lo sabido y valorado conjuntamente por los actores existe ante todo bajo la forma de enunciados pertenecientes al discurso interior, mediante el cual *comprenden valorativamente* sus interacciones en el mundo físico-socio-cultural en que habitan.

Podemos representarnos el cuerpo sensible del observador como una vasta red de receptores sensoriales de naturaleza exterior, intero y propioceptiva constantemente activados por estímulos provenientes tanto del entorno físico (en el caso de la exterocepción) como del propio cuerpo (en el caso de la interocepción y la propiocepción). El registro, procesamiento y categorización perceptiva de dichos estímulos da lugar a la formación abductiva de perceptos de diversa

naturaleza sensorial que son la materia del plano de la expresión (en el sentido que Louis Hjelmslev da a estos términos) en el que se forman los significantes de los enunciados semiolingüísticos mediante los cuales el observador interpreta su experiencia vivida. La siguiente formulación de Voloshinov (1930: 287) apunta en este sentido:

“Toda expresión lingüística de una impresión proveniente del mundo exterior -sea inmediata o haya permanecido largo tiempo en las profundidades de nuestra conciencia para tomar una forma ideológica más sólida y constante- está siempre orientada hacia el otro, hacia el oyente, incluso si este otro está físicamente ausente”.

Ahora bien, esta expresión lingüística (o, mejor, semiolingüística) de una impresión proveniente del mundo exterior (y del interior del propio cuerpo del observador), es, en primer lugar, constitutiva del incesante discurso interior del sujeto. Pues no hay discurso sólo cuando el sujeto habla o escribe, sino también cuando piensa, cuando siente, cuando vivencia. El flujo discursivo interior del sujeto no tiene principio ni fin, pues es gracias a él que puede situarse, en todo momento, en el mundo en el que habita y, en el mismo proceso, constituirse identitariamente como determinado tipo de sujeto en interacción fluente, dialógica, con otros sujetos. Analicemos a Voloshinov (1930: 294):

“No vacilamos en afirmar categóricamente que los discursos más íntimos son también, de parte a parte, dialógicos: están atravesados por las evaluaciones de un

oyente virtual, de un auditorio potencial, incluso si la representación de tal auditorio no aparece con claridad en la mente del locutor. [...] Y para convencerse de ello basta considerar que, cuando nos ponemos a reflexionar sobre un tema cualquiera, cuando lo examinamos atentamente, nuestro discurso interior -que puede a veces, cuando se está solo, ser pronunciado en voz alta- toma de inmediato la forma de un debate por medio de preguntas y respuestas, de afirmaciones seguidas de objeciones; en pocas palabras, nuestro discurso se analiza en réplicas claramente separadas y más o menos desarrolladas; es pronunciado bajo la forma de un diálogo”.

Quiero llamar la atención sobre el hecho, crucial para mi argumentación, de que «nuestro discurso interior puede a veces [...] ser pronunciado en voz alta»: es lo que ocurre durante una interacción discursiva, hablada o escrita, con otro. Recordemos que, según la semiótica discursiva, un enunciadador es un sujeto competente que sabe y puede enunciar para otro sujeto algo respecto de un tema, pero que también sabe y puede no enunciarlo (explícitamente), es decir, puede pensarlo y decidir no decirlo o no escribirlo. En otras palabras, puede no haber discurso exterior, oral o escrito, *pero no puede no haber* discurso interior.

Lo anterior implica que una interacción conversacional se desarrolla en dos planos, el del incesante discurso interior y el del discurso oral, en el que el enunciadador explícita o no, de acuerdo con múltiples factores, entre ellos el género textual exigido por la

situación discursiva, los temas elaborados en el primero. Sabemos que, en ocasiones, es mejor callar, lo que no conlleva que dejemos de pensar discursivamente sobre aquello que hemos decidido no decir o escribir.

Cuarta consideración

Planteamientos lingüísticos y semióticos contemporáneos sobre las relaciones entre texto y contexto -pues es de este tema del que se ocupa Voloshinov bajo las denominaciones de enunciado y situación extraverbal- proporcionan nuevos argumentos a favor de lo anteriormente expuesto.

Teun A. van Dijk (1977: 272,273) propone una distinción entre situación comunicativa y contexto que me parece pertinente:

“Mientras que una SITUACIÓN COMUNICATIVA es una parte empíricamente real del mundo real en la que existen un gran número de hechos que no tienen conexión SISTEMÁTICA con la expresión (bien como un objeto o como un acto), como la temperatura, la estatura del hablante o si crece la hierba, un CONTEXTO es una abstracción altamente idealizada de tal situación y contiene sólo aquellos hechos que determinan sistemáticamente la adecuación de las expresiones convencionales. Parte de tales contextos será por ejemplo los participantes del habla y sus estructuras internas (conocimiento, creencias, propósitos, intenciones), los actos mismos y sus estructuras, una caracterización espacio-temporal del contexto para localizarlo en algún mundo real posible, etc”..

Está claro que son los actores que participan en la interacción discursiva quienes llevan a cabo dicha «abstracción altamente idealizada» de la situación comunicativa en que se encuentran.

En un texto posterior, van Dijk (1978: 93) retoma esta distinción en los siguientes términos:

“El concepto de ‘contexto’ se caracteriza como la reconstrucción teórica de una serie de rasgos de una situación comunicativa, a saber, aquellos rasgos que son parte integrante de las condiciones que hacen que los enunciados den resultados como actos de habla”.

Más recientemente, van Dijk (1997: 45) ha presentado el concepto de contexto en los siguientes términos:

“Aunque no existe una teoría explícita del contexto y aunque la noción es utilizada por distintos estudiosos del tema con una amplia variedad de significados, podemos definirlo brevemente como la estructura de todas las propiedades de la situación social que son pertinentes para la producción o recepción del discurso. No sólo las características del contexto influyen sobre el discurso; lo inverso también es cierto: el discurso puede asimismo definir o modificar las características del contexto”.

Esta concepción del contexto como construcción discursiva realizada por los interlocutores se ve reforzada, al tiempo que modificada, por la introducción del concepto de modelo de contexto:

“En la mayor parte de los estudios del contexto, esencialmente en el caso del análisis conversacional, la sociolingüística, la pragmática o la etnografía del habla, se supone que las propiedades contextuales afectan directamente (o son afectadas por) las propiedades del discurso. Dentro del marco sociocognitivo presentado aquí, no existe esa relación directa. Más bien, la noción de relevancia implica que los modelos son relevantes solamente para los usuarios de la lengua y, por lo tanto, solamente pueden influir en el discurso a través de las formas en que son construidos subjetivamente por los usuarios de la lengua.

Esas construcciones implican, nuevamente, modelos mentales. Esto es, no es el contexto mismo (‘exista’ o no objetivamente) el que influye en el texto y la conversación, sino más bien los modelos de contexto de los usuarios de la lengua. Esos modelos de contexto están almacenados en la memoria episódica, del mismo modo que los modelos de acontecimiento que se utilizan para representar sobre qué es el discurso. Los modelos de contexto, así, representan cómo los participantes de un evento comunicativo ven, interpretan y representan mentalmente las propiedades de la situación social que ahora son relevantes para ellos. Esto es importante, ya que es, precisamente, esta naturaleza subjetiva de los modelos de contexto la que permite la variación personal y la singularidad contextual: no es el hecho objetivo de que los hablantes sean hombres o mujeres, jóvenes o viejos, poderosos o no, sino cómo se ven y se construyen a sí mismos, en general o en la situación social en desarrollo”. van Dijk, (1998: 267).

El contexto, concebido como «abstracción altamente idealizada» de la situación comunicativa, como «reconstrucción teórica de una serie de rasgos de una situación comunicativa», como «estructura de todas las propiedades de la situación social que son pertinentes para la producción o recepción del discurso» o como «modelo de contexto», es el resultado de un proceso cognitivo complejo realizado por un sujeto observador competente.

Ahora bien, un sujeto discursivo no es nunca un puro sujeto cognitivo. Es también, como ya se ha señalado, un sujeto semiolingüístico (dotado de una competencia semiológica -entiéndase no verbal- y una competencia verbal -oral, escrita y/u otra) y un sujeto afectivo-axiológico (dotado de una competencia evaluativa). Esto hace que toda observación sea siempre una observación enunciada, es decir, puesta en discurso (se trata, en primer lugar, de un discurso interior). De donde se infiere que el contexto, en el sentido de van Dijk, es el resultado de una enunciación, no un dato bruto de la realidad, y por tanto una construcción discursiva generada/interpretada/evaluada, como toda construcción discursiva.

Esto significa que es el sujeto quien decide (pero esto no entraña que todas las operaciones que lleva a cabo sean conscientes y contingentes) qué estados y procesos del mundo vivido constituyen el contexto de un texto. Incluso cabe afirmar que es el sujeto quien decide qué constituyentes de la situación comunicativa integran el texto y cuáles el contexto. Cuando analizamos una conversación ¿por qué considerar a priori que el

texto es el conjunto de enunciados verbales y el contexto todo lo demás? Si focalizamos durante la interlocución o el análisis la gestualidad de los interlocutores, por ejemplo, ésta constituye el texto y los enunciados verbales el contexto. Es el enfoque puramente lingüístico, —y no semiótico discursivo—, de la conversación lo que conduce a considerar que los enunciados verbales ocupan siempre y únicamente el lugar del texto en la relación texto/contexto.

Desde la perspectiva de la semiótica discursiva, la distinción texto/contexto procede, según Jacques Fontanille, de lo que él llama “punto de vista del texto”(1998:88), en tanto que el “punto de vista del discurso” la elimina en beneficio del concepto de *situación semiótica*. El siguiente pasaje ilustra esta concepción:

“Imaginemos a un semiótico que se esfuerza por analizar una conversación. Si adopta el punto de vista del texto, va, para comenzar, a decidir los límites de las expresiones a considerar y proceder a la segmentación. Por ejemplo, su “texto” estará constituido por el conjunto de los enunciados lingüísticos; la búsqueda de las significaciones de esos enunciados lo conducirá rápidamente a añadir informaciones de tipo mimo-gestual y de tipo entonativo, dependientes de lo que llamará el contexto para-lingüístico. Pero, si quiere dar todo su alcance a los actos de lenguaje, en lugar de borrarlos progresivamente, también deberá explotar las relaciones institucionales y sociales entre los participantes de la interacción; y, por qué no, tener finalmente en cuenta la historia de sus relaciones, de sus

culturas respectivas, etc. Es entonces el contexto socio-cultural el que es solicitado.

Por el contrario, si el semiótico adopta el punto de vista del discurso, comenzará, a partir de un conjunto de expresiones no delimitadas y por sondeos sucesivos, a elaborar hipótesis sobre las temáticas dominantes del intercambio conversacional, sobre lo que está en juego en este intercambio y sobre los roles desempeñados por los participantes. Sólo acto seguido buscará las expresiones correspondientes, sin imponerse ningún límite de género o de tipo significante. Es sólo al término de su análisis que podrá determinar los límites de su corpus, el cual tendrá entonces la forma de una situación semiótica que comprende expresiones lingüísticas, mimo-gestuales, espaciales, institucionales y culturales. Puesto que no ha fijado arbitrariamente los límites de un texto, en ningún momento de su empresa habrá recurrido a un contexto. Por el contrario, habrá construido el discurso (aquí, la situación semiótica) como un todo de significación que toma prestadas sus expresiones a diversos tipos de significantes”.

En este sentido, el corpus textual de la conversación sobre el cual trabaja el semiótico no está constituido exclusivamente por el conjunto de enunciados verbales intercambiados por los interlocutores, sino por el conjunto de estados y procesos significantes, semiológicos y verbales, enunciados por éstos a lo largo de la conversación. Esto no excluye, por supuesto, que un tipo de enunciados pueda prevalecer estructuralmente sobre otros, pero no tienen que ser necesariamente los enunciados verbales. Creemos que en ge-

neral ocurre así, pero vale la pena, a partir de estas consideraciones semióticas, detenerse a pensarlo. En ocasiones llegaremos rápidamente a la conclusión de que, en efecto, los enunciados verbales dominan sobre los otros. Pero debemos romper con el prejuicio de que siempre es así. En ocasiones, el texto de las miradas, las posturas, los silencios, puede ser más importante que el texto verbal (creo que es el caso de los ejemplos analizados por Voloshinov). En cualquier caso, el análisis discursivo de la situación semiótica debe dar cuenta de la manera como los diferentes textos, verbales y no verbales, que integran el macrotexto conversacional, contribuyen a la generación/interpretación del sentido.

Las relaciones entre enunciado y situación extraverbal, o entre texto y contexto, se presentan, en conclusión, de otra manera, si tomamos conciencia que nosotros decidimos, sobre bases no siempre claras pero existentes, cuáles son las circunstancias de enunciación de un enunciado concreto. Pero

al hacerlo, estamos enunciando (es decir, poniendo en enunciado) dichas circunstancias, y porque las enunciamos son significativas y las consideramos pertinentes. Poner en enunciado no implica, necesariamente, generar enunciados verbales: pueden ser, y de hecho son en gran medida, enunciados no verbales. Tampoco implica necesariamente generar enunciados orales o escritos comunicados a otros: pueden ser, y de hecho son en gran medida, enunciados pensados, resultantes del proceso de inferencias abductivas que está en la base de toda interpretación realizada por el observador en todo momento de su existencia, momento que es siempre un aquí y un ahora, el de toda enunciación.

Desde esta perspectiva, es, pues, la incesante actividad discursiva (interna y externa) del sujeto la que le permite, en una situación de enunciación concreta, establecer cuáles son los sobreentendidos de lo enunciado o, en términos actuales, cuál es el contexto del texto.



Referencias Bibliográficas

CHARAUDEAU, Patrick. El discurso de la información. Barcelona: Gedisa, 2003.

FONTANILLE, Jacques. Sémiotique du discours. Limoges: PULIM, 1998.

SERRANO OREJUELA, Eduardo. El concepto de competencia en la semiótica discursiva. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Cuadernos del Seminario en Educación N° 2, 2003.

_____. Crítica de la omnisciencia narrativa, En: Memorias del 3er Coloquio Nacional de Estudios del Discurso (Cd rom), Universidad de Medellín, 2004.

VAN DIJK, Teun A. Texto y contexto. Semántica y pragmática del discurso. Madrid: Cátedra, 1988.

_____. La ciencia del texto. Un enfoque interdisciplinario. Barcelona: Paidós, 1983.

_____. El discurso como estructura y proceso. Estudios del discurso: introducción multidisciplinaria, Vol. I. Barcelona: Gedisa, 2000

_____. Ideología. Un enfoque multidisciplinario. Barcelona: Gedisa, 1999.

VOLOSHINOV, Valentín. La palabra en la vida y la palabra en la poesía», en BAJTÍN, Mijaíl M.: Hacia una filosofía del acto ético. De los borradores y otros escritos. Barcelona: Anthropos, 1997.

_____. La structure de l'énoncé, En TODOROV, Tzvetan: Mikhaïl Bakhtine le principe dialogique. Paris: Seuil, 1981.